# H.G. Wells
# La máquina del tiempo y otros relatos

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía recomendada, Nadadores
Fecha de Publicación: 10/06/2021
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**
**Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com**

**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

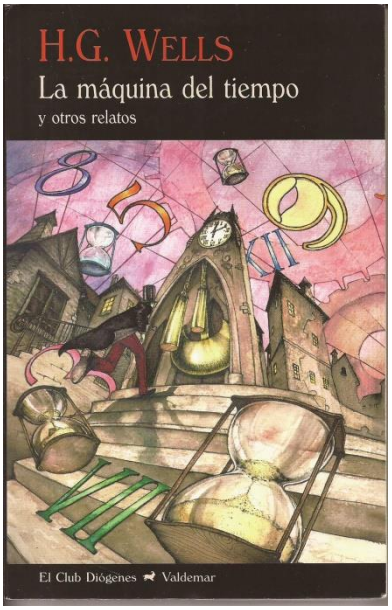
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola**.**

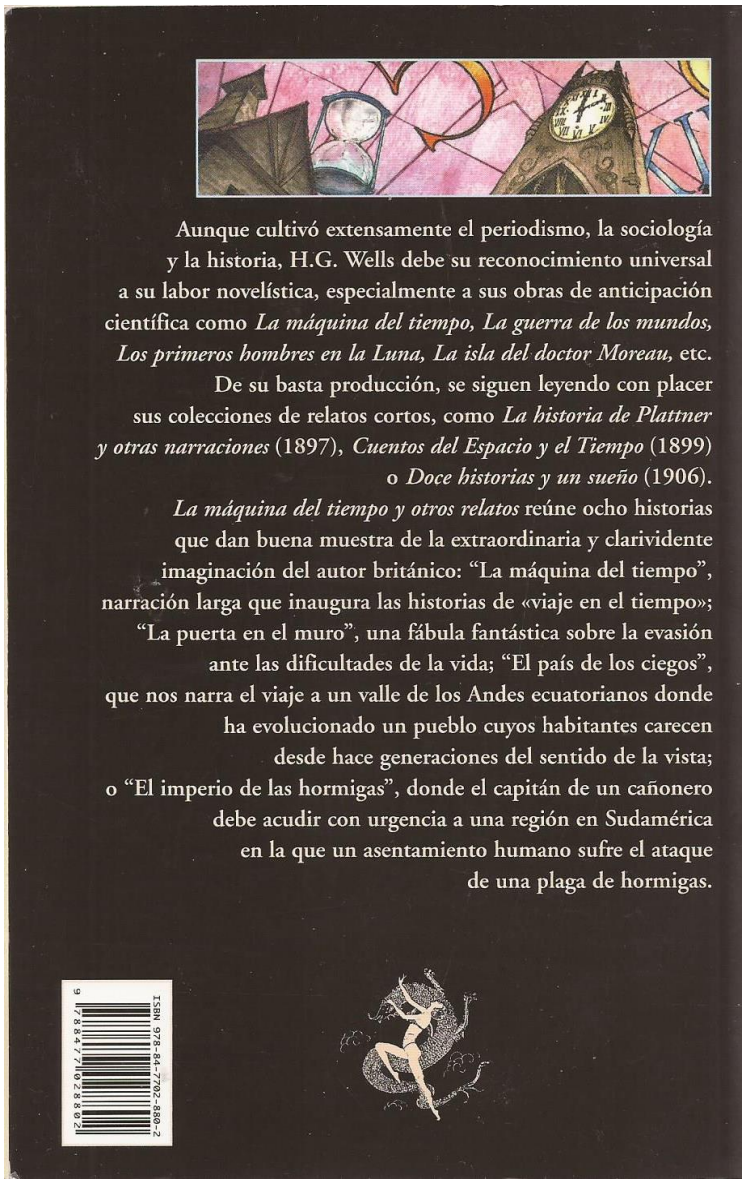
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

# H.G. Wells: La máquina del tiempo y otros relatos

## Traducción de Rafael Santerbás

Madrid, 2018, Valdemar



Aunque cultivó extensamente el periodismo, la sociología y la historia, H.G. Wells debe su reconocimiento universal a su labor novelística, especialmente a sus obras de anticipación científica como *La máquina del tiempo, La guerra de los mundos, Los primeros hombres en la Luna, La isla del doctor Moreau,* etc. De su basta producción, se siguen leyendo con placer sus colecciones de relatos cortos, como *La historia de Plattner y otras narraciones* (1897), *Cuentos del Espacio y el Tiempo* (1899) o *Doce historias y un sueño* (1906).

*La máquina del tiempo y otros relatos* reúne ocho historias que dan buena muestra de la extraordinaria y clarividente imaginación del autor británico: "La máquina del tiempo", narración larga que inaugura las historias de «viaje en el tiempo»; "La puerta en el muro", una fábula fantástica sobre la evasión ante las dificultades de la vida; "El país de los ciegos", que nos narra el viaje a un valle de los Andes ecuatorianos donde ha evolucionado un pueblo cuyos habitantes carecen desde hace generaciones del sentido de la vista; o "El imperio de las hormigas", donde el capitán de un cañonero debe acudir con urgencia a una región en Sudamérica en la que un asentamiento humano sufre el ataque de una plaga de hormigas.

Herbert George Wells, H.G. Wells (Londres, 1866-1946).

Literatura de anticipación, de ciencia ficción o como se la quiera denominar, la voluntad de entrever el futuro de nuestro tiempo o de nuestras sociedades de manera racional, una posible proyección al menos, si no creíble al menos posible, es lo que está en la base de muchos



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de estos esfuerzos literarios y tal vez lo que los haga despegar de la mera novela burguesa clásica decimonónica de donde, en este caso de Wells, parte esta literatura.

Una pieza maestra en esa línea es “La máquina del tiempo” como parábola en estado puro, pues recrea – de manera absolutamente inverosímil para hoy, del tiempo mismo que Julio Verne y en su línea también de alguna manera – una posibilidad evolutiva de la sociedad nada menos que en el año 802.701, un discurso de tiempo lo suficientemente amplio como para exponer una posibilidad límite y extrema. Eso sí, con una sociedad capitalista de señores o grupos privilegiados y proletariado trabajador como base o punto de partida de esa evolución de largo alcance, de casi un millón de años, mucho más que la evolución desde el hombre prehistórico hasta la actualidad, desde el paleolítico hasta hoy. Proyecto o apuesta literaria límite, ambiciosísima, y resuelta de manera singular e imaginativa; melancólica, también. Una evolución multimilenaria y con una racionalidad algo maltusiana a la hora de plantearla (p. 116):

Una ley natural que olvidamos es que la versatilidad intelectual
es la compensación del cambio, del peligro y de la inquietud.
Un animal en perfecta armonía con su medio ambiente es
un mecanismo perfecto. La naturaleza no apela nunca a la inteligencia
hasta que el hábito y el instinto han resultado inútiles.
No hay inteligencia donde no hay cambio ni necesidad de cambio.
Sólo aquellos animales que tienen que hacer frente a una enorme
variedad de necesidades y de peligros están dotados de inteligencia.

Las viejas fuerzas divinas de Ocasión y Necesidad – tan cervantinas, por otra parte, en sus formulaciones – siguen siendo poderosas fuerzas, fuerzas divinas, incluso cuando durante un periodo largo de tiempo pudieran parecer neutralizadas por una realidad de plenitud clásica o de satisfacción generalizada, aunque perdurara mucho en el tiempo, milenios, ese clasicismo de plenitud… “La madre necesidad, que había sido rechazada durante algunos milenios, volvió otra vez y comenzó por abajo” (p. 117). Eso está en la base de la evolución humana en dos ramas tan diferenciadas entre sí como las que el viajero del tiempo que protagoniza el relato de Wells se encontró en su viaje extraordinario hacia un tiempo lejanísimo y un espacio presidido por una misteriosa Esfinge Blanca sobre un pétreo pedestal: los Morlocks o seres nocturnos y subterráneos, y los Eloi o seres radiantes y diurnos de delicada belleza.

La gente del mundo superior pudiera haber sido en otro tiempo
la aristocracia privilegiada y los Morlocks sus servidores mecánicos,
pero aquello hacía mucho tiempo que se había acabado. Las dos especies
que habían resultado de la evolución humana se deslizaban
hacia una relación completamente nueva o ya habían llegado a alcanzarla.
Los Eloi, como los reyes carolingios, habían decaído hasta convertirse



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

en simples bellezas inútiles. Poseían todavía la tierra
por consentimiento, puesto que los Morlocks, subterráneos
desde hacía innumerables generaciones, finalmente habían llegado
a encontrar intolerable la superficie iluminada por el sol.
(p. 88).

## LA NADADORA WEENA O LA BELLEZA INCONSCIENTE

Durante el día, aquello parecía, al Viajero del Tiempo, una Edad de Oro poblada por inocentes y bellas criaturas: "Pasaban todo el tiempo jugando delicadamente, bañándose en el río, haciendo el amor medio en juego, comiendo fruta y durmiendo. No conseguía ver cómo se hacía funcionar las cosas" (p. 66). Y así, a los tres días de llegar a aquel tiempo lejanísimo, en una escena con Nadadora, consigue conectar plenamente con una muchacha de aquella especie (pp. 66-67).

Ese día, también, hice una amiga… o algo por el estilo. Sucedió
que, cuando observaba cómo se bañaban algunas de las gentecillas
en una zona poco profunda, a una de ellas le dio un calambre y empezó
a ser arrastrada corriente abajo. La corriente principal
era más bien rápida, pero no demasiado fuerte ni siquiera
para un nadador mediocre. Eso les dará, por tanto, una idea
de la extraña deficiencia de aquellas criaturas, cuando les diga
que ninguna hizo el más mínimo intento de salvar a la criatura
que, gritando débilmente, se ahogaba ante sus ojos. Cuando me di cuenta,
me quité rápidamente la ropa y, vadeando por un sitio más abajo, agarré
a aquella pobre criatura y la llevé a salvo a tierra. Un ligero frotamiento
de los miembros le hizo pronto volver en sí y tuve la satisfacción de verla
perfectamente restablecida antes de dejarla. Mi estima por los de su raza
había caído tanto que no esperaba ninguna gratitud de su parte.
En esto, sin embargo, me equivocaba.

Aquella muchacha acompañaría al Viajero del Tiempo durante una semana en el recorrido por aquella misteriosa tierra; se llamaba Weena, y en su reencuentro aquella misma tarde, le recibió "con gritos de gozo, y me ofreció una guirnalda de flotes… hecha evidentemente para mí y sólo para mí". Su gozo diurno y sus terrores nocturnos irían desvelándole aquella terrible realidad, aquel techo inusitado de la evolución humana.

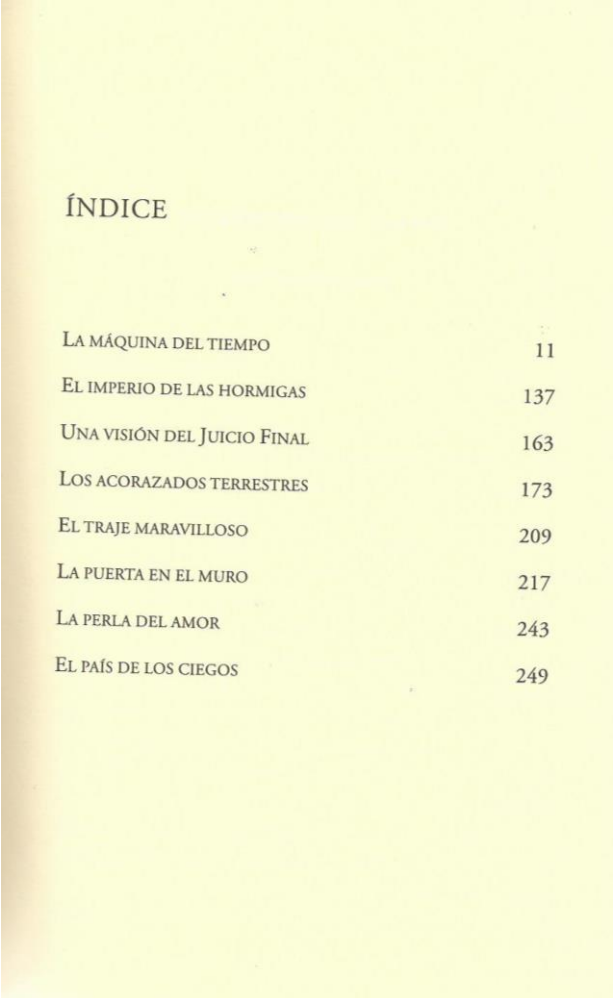
El Viajero del Tiempo narró todo ello – como Gulliver al regreso de sus viajes fantásticos – a un auditorio de amigos – el médico, el periodista, el científico… - antes de desaparecer para siempre, y uno de ellos, el que nos lo narra a nosotros, conservó la reliquia de tres flores blancas que Weena le había metido en el bolsillo al Viajero antes de su regreso, "para atestiguar que incluso cuando la inteligencia y la fuerza hayan desaparecido, la gratitud y una mutua ternura seguirán aún latiendo en el corazón del hombre" (p. 135, y palabras finales del relato). Melancolía y malos presagios, la imposible Edad de Oro de una belleza en estado



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

puro, inconsciente de su propia belleza o existencia que se agota en si misma sin posible lucidez o trascendencia, un destino de muerte.

***



ÍNDICE


| | |
|---|---|
| La máquina del tiempo | 11 |
| El imperio de las hormigas | 137 |
| Una visión del Juicio Final | 163 |
| Los acorazados terrestres | 173 |
| El traje maravilloso | 209 |
| La puerta en el muro | 217 |
| La perla del amor | 243 |
| El país de los ciegos | 249 |


"La máquina del tiempo" es sólo el primero de los relatos de esta serie de ellos que incluyen otros dos, al menos, igual de contundentes y maestros: "El imperio de las hormigas" y "El país de los ciegos"; ambos situados en espacios de Sudamérica; el primero de ellos evoca una expedición amazónica de un grupo internacional con el capitán Gerillau al mando del cañonero *Benjamin Constant*, con el encargo de investigar un fenómeno alarmante: el ataque sistemático de organizaciones de hormigas a núcleos humanos en las fronteras de la selva amazónica… Una vez más, un intento de reconstrucción de un futuro para la humanidad más o menos posible y más o menos improbable, pero voz de alarma ante una racionalidad bélica más o menos normalizada que parece presidirlo todo. Igual de potente como planteamiento literario es "El país de los ciegos", el último relato de esta serie, situado en un rincón perdido de los Andes en el que un tal Núñez se encuentra con una tribu de ciegos perfectamente organizada y que ha sabido sobrevivir con una organización estricta en la que la visión podía ser vista como una anomalía que había que eliminar…

"Los acorazados terrestres" es otro relato de anticipación o futurista que funciona como una reflexión sobre la fortaleza y la hombría frente a la inteligencia y el ingenio, algo así como *hombría contra maquinaria* o *La humanidad contra la chatarra*, en algo que recuerda a las reflexiones renacentistas caballerescas que veían con horror la aparición del arma de fuego, con la que un don nadie sin honor ni valor podía matar desde lejos a un valeroso y notable caballero…

De los otros tres relatos, "La puerta en el muro" parece responder a una neurótica fijación con un sueño de una puerta verde en un largo muro blanco que domina a un personaje de éxito, Lionel Wallace, en momentos claves de su vida en los que debe tomar una decisión importante. Parece el origen de una vieja canción popular, aquella que tenía en el estribillo "¿Qué habrá tras de esa puerta verde?", en alusión a alguna grieta temporal tras la que, una vez atravesada, uno podría encontrarse con un nuevo mundo feliz, una nueve Edad de Oro, no se



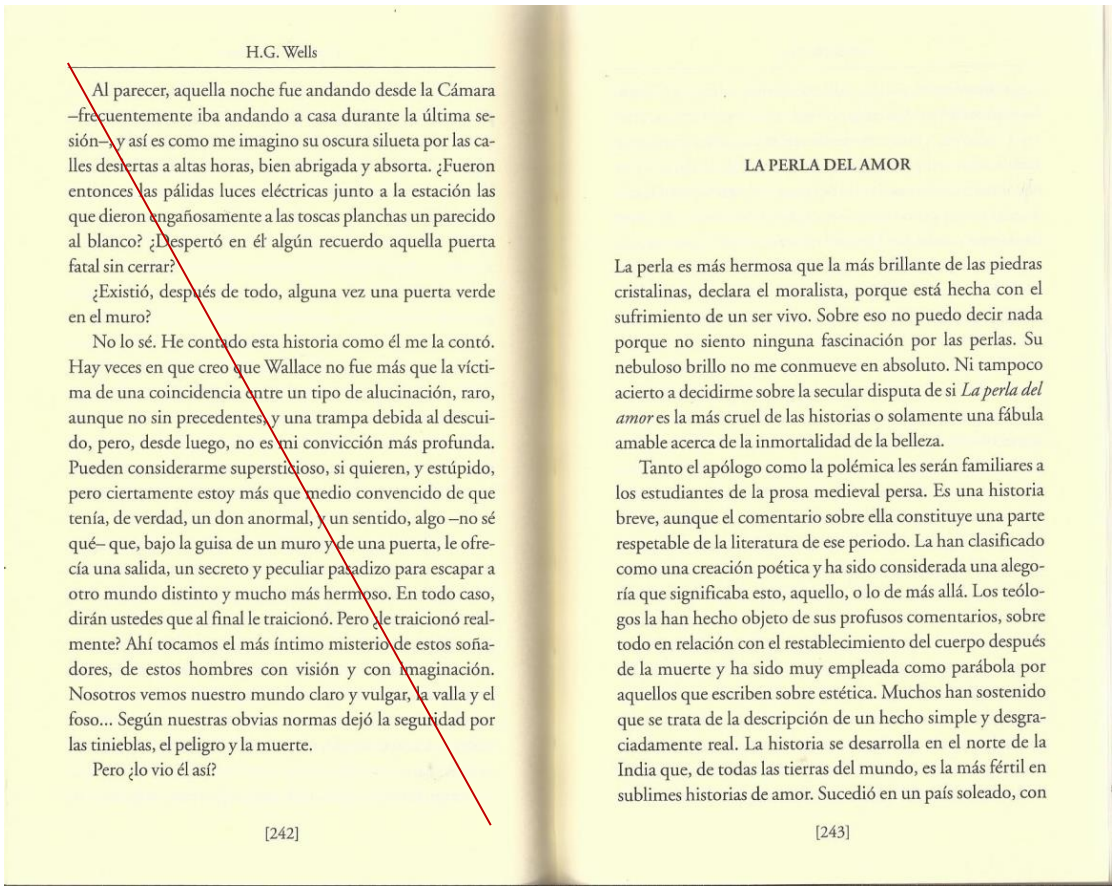
© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

sabe bien si real o soñada. Menos extenso que los anteriormente comentados, no por ello es menos interesante su planteamiento literario y su desarrollo. Más breves, sencillos y lineales son “El traje maravilloso” y “La perla del amor”. En “El traje maravilloso” – “Érase una vez un hombrecillo al que su madre hizo un bellísimo traje de tela…” -, un relato muy breve, básicamente una huida nocturna del chico vestido con su traje nuevo y maravilloso, noche iluminada de gran luna, aparece, además, un Nadador en un momento de esa huida:

El hombrecillo se metió en el agua entre delgadas ráfagas negras hasta la rodilla, hasta la cintura, hasta los hombros, provocando pequeñas olas negras y relucientes con las dos manos, pequeñas olas oscilantes y estremecidas entre las cuales las estrellas se enredaban en los enmarañados reflejos de los meditativos árboles de la orilla. Caminó por el agua hasta que pudo nadar, cruzó el estanque a nado y salió por el lado opuesto arrastrando, a su parecer, no lentejas de agua sino auténtica plata en una masa alargada, pegajosa y chorreante. Y allá subió por las transfiguradas marañas de adelfas y las tiernas hierbezuelas sin cortar de la otra orilla. Llegó a la carretera contento y jadeante.

-Me alegro infinitamente – dijo – de haber tenido vestidos apropiados para la ocasión.
(pp. 213-214).

Finalmente, he aquí el más breve de los relatos, con pretensiones de cuento exótico y sapiencial, poético y atemporal…



H.G. Wells

Al parecer, aquella noche fue andando desde la Cámara –frecuentemente iba andando a casa durante la última sesión–, y así es como me imagino su oscura silueta por las calles desiertas a altas horas, bien abrigada y absorta. ¿Fueron entonces las pálidas luces eléctricas junto a la estación las que dieron engañosamente a las toscas planchas un parecido al blanco? ¿Despertó en él algún recuerdo aquella puerta fatal sin cerrar?

¿Existió, después de todo, alguna vez una puerta verde en el muro?

No lo sé. He contado esta historia como él me la contó. Hay veces en que creo que Wallace no fue más que la víctima de una coincidencia entre un tipo de alucinación, raro, aunque no sin precedentes, y una trampa debida al descuido, pero, desde luego, no es mi convicción más profunda. Pueden considerarme supersticioso, si quieren, y estúpido, pero ciertamente estoy más que medio convencido de que tenía, de verdad, un don anormal, y un sentido, algo –no sé qué– que, bajo la guisa de un muro y de una puerta, le ofrecía una salida, un secreto y peculiar pasadizo para escapar a otro mundo distinto y mucho más hermoso. En todo caso, dirán ustedes que al final le traicionó. Pero ¿le traicionó realmente? Ahí tocamos el más íntimo misterio de estos soñadores, de estos hombres con visión y con imaginación. Nosotros vemos nuestro mundo claro y vulgar, la valla y el foso... Según nuestras obvias normas dejó la seguridad por las tinieblas, el peligro y la muerte.

Pero ¿lo vio él así?

[242]

LA PERLA DEL AMOR

La perla es más hermosa que la más brillante de las piedras cristalinas, declara el moralista, porque está hecha con el sufrimiento de un ser vivo. Sobre eso no puedo decir nada porque no siento ninguna fascinación por las perlas. Su nebuloso brillo no me conmueve en absoluto. Ni tampoco acierto a decidirme sobre la secular disputa de si *La perla del amor* es la más cruel de las historias o solamente una fábula amable acerca de la inmortalidad de la belleza.

Tanto el apólogo como la polémica les serán familiares a los estudiantes de la prosa medieval persa. Es una historia breve, aunque el comentario sobre ella constituye una parte respetable de la literatura de ese periodo. La han clasificado como una creación poética y ha sido considerada una alegoría que significaba esto, aquello, o lo de más allá. Los teólogos la han hecho objeto de sus profusos comentarios, sobre todo en relación con el restablecimiento del cuerpo después de la muerte y ha sido muy empleada como parábola por aquellos que escriben sobre estética. Muchos han sostenido que se trata de la descripción de un hecho simple y desgraciadamente real. La historia se desarrolla en el norte de la India que, de todas las tierras del mundo, es la más fértil en sublimes historias de amor. Sucedió en un país soleado, con

[243]



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

lagos, frondosos bosques, colinas, fértiles valles y, a lo lejos, las grandes montañas colgando del cielo, con los picos, crestas y salientes cubiertos de nieves inaccesibles y eternas. Había un joven príncipe que era el señor de la tierra y que encontró a una doncella de belleza y encantos inefables, la hizo su reina y puso el corazón a sus pies. Su amor, rebosante de alegrías y dulzuras, lleno de esperanza, era el más exquisito, valiente y maravilloso que se pudiera soñar. Disfrutaron de él durante un año y parte de otro, y luego, de repente, a causa de una picadura venenosa que recibió en un matorral, ella murió.

Ella murió y durante un tiempo el príncipe sufrió una postración total. Estaba taciturno y paralizado por el dolor. Temían que se suicidara, y no tenía ni hijos ni hermanos que le sucedieran. Dos días y dos noches pasó echado boca abajo, ayunando, a los pies de la camilla que sostenía el sereno y precioso cuerpo de su amada. Después se levantó y comió y anduvo por allí con mucha parsimonia como alguien que ha tomado una gran decisión. Hizo que pusieran su cuerpo en un ataúd de plomo mezclado con plata que iría en un féretro hecho con las maderas más preciosas y perfumadas bañadas de oro que, a su vez, se introduciría en un sarcófago de alabastro con incrustaciones de piedras preciosas. Y mientras hacían todo eso, él pasaba la mayor parte del tiempo en los estanques, en los jardines, en los pabellones y las arboledas y en aquellos salones de palacio que más habían frecuentado juntos, pensando amargamente en su encantadora belleza. No desgarró sus vestiduras ni se humilló con cenizas y arpillera como mandaba la costumbre porque su amor era





demasiado grande para esas extravagancias. Al fin se presentó de nuevo ante sus consejeros y ante el pueblo y les dijo que tenía un designio que realizar.

Dijo que nunca jamás podría tocar a una mujer, que nunca más podría pensar en ellas, así que encontraría a un joven adecuado al que adoptaría como heredero y le prepararía para su tarea, y que él realizaría todos sus deberes de príncipe como correspondía, pero por lo demás se entregaría con todo su poder, su fuerza, su riqueza y su capacidad de mando a erigir un monumento digno de la incomparable y amada esposa muerta. Tendría que ser un edificio de una gracia y belleza perfectas, más maravilloso que ninguno de los que habían existido o pudieran existir jamás, de forma que produjera asombro hasta el fin de los tiempos, y los hombres lo tuvieran por un tesoro y hablaran de él y desearan verlo y vinieran a visitarlo desde todos los confines de la Tierra y recordaran el nombre y la memoria de su reina. El edificio, dijo, habría de llamarse *La perla del amor*. Los consejeros y el pueblo aceptaron, y él se puso a la labor.

Año tras año los dedicó todos a construir y a adornar *La perla del amor*. Una gran fábrica fue labrada en la roca viva en un lugar desde donde uno parecía estar mirando a la nevada desolación de la gran montaña más allá del valle del mundo. Había aldeas y colinas, un río serpenteante y, muy lejos, tres grandes ciudades. Allí pusieron el sarcófago de alabastro bajo un pabellón de ingeniosa maestría. A su alrededor colocaron columnas de una piedra preciosa y extraña con paredes labradas y caladas y un gran tambor de mampostería del que surgía una bóveda y pináculos y linternas,





todo tan exquisito como una joya. Al principio el diseño de *La perla del amor* era menos atrevido y sutil de lo que se volvió más tarde. Inicialmente era más pequeño, más labrado e incrustado. Había muchas pantallas perforadas y delicados grupos de columnas de tonos rosados y el sarcófago yacía como un niño que duerme entre las flores. La primera cúpula estaba cubierta con tejas verdes encuadradas y sujetas con plata, pero todo esto se retiró porque parecía muy cerrado, porque no se elevaba con grandeza suficiente para la ambiciosa imaginación del príncipe.

Pues por entonces ya no era el joven grácil que había amado a la juvenil reina. Era ya un hombre grave y decidido, totalmente entregado a la construcción de *La perla del amor*. Cada año de esfuerzo había aprendido nuevas posibilidades en los arcos, los muros y los contrafuertes. Había adquirido mayor dominio sobre los materiales que tenía que emplear y había conocido cientos de piedras y de tonalidades y de efectos que no hubiera podido ni imaginar al principio. Su sentido del color se había hecho más fino y más frío. Ya no le interesaba la brillantez del oro esmaltado que le encantaba al principio, la brillantez de un misal miniado. Ahora buscaba azules como los del cielo, los sutiles matices de las grandes distancias, las sombras recónditas, las extensas y repentinas inundaciones de opalescencias purpúreas y la grandiosidad y el espacio. Se cansó por completo de esculturas, cuadros, incrustaciones y de todos los trabajos pequeños y minuciosos de los hombres.

–Aquéllas eran cosas bonitas –dijo de sus primeras decoraciones, e hizo que las pusieran en edificios secundarios





donde no estorbaran su diseño principal. Su arte se hizo más y más grandioso. La gente vio con terror y asombro elevarse *La perla del amor* desde sus primeros comienzos hasta alcanzar extensión, altura y magnificencia sobrehumanas. No sabían con claridad qué era lo que habían esperado, pero nunca se habían imaginado algo tan sublime.

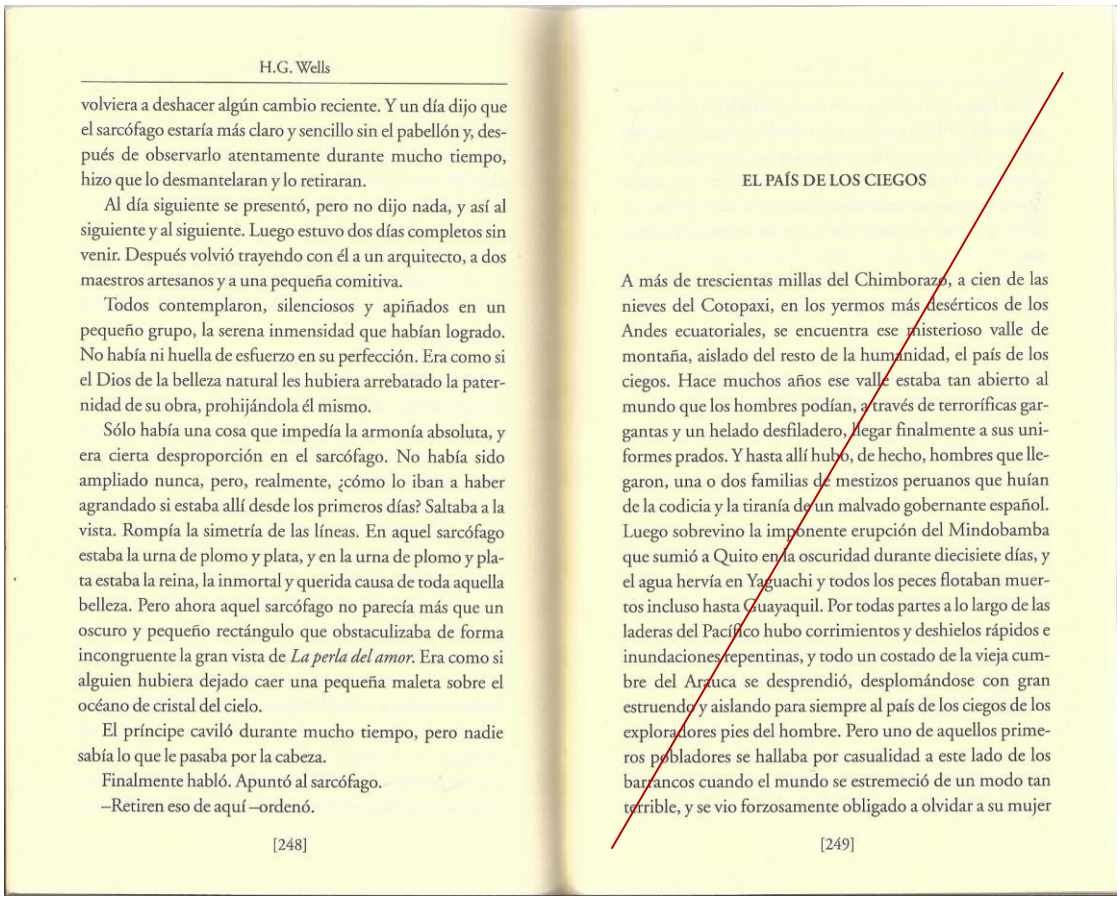
–Son maravillosos los milagros que puede realizar el amor –susurraban, y todas las mujeres del mundo, independientemente de los otros amores que tuvieran, amaban al príncipe por el esplendor de su devoción.

En medio del edificio había una gran nave, una vista. El panorama le interesó al príncipe cada vez más. Desde la entrada interior del edificio miraba a lo largo de una inmensa galería de columnas cruzando la zona central de la que hacía tiempo que habían desaparecido las columnas de tonos rosados, por encima del pabellón bajo el que yacía el sarcófago, a través de una apertura maravillosamente diseñada, a la nevada desolación de la gran montaña, la reina de las montañas, a doscientas millas de distancia. Los pilares y los arcos y los contrafuertes y galerías se elevaban y flotaban a ambos lados, perfectos y sin embargo discretos, como grandes arcángeles esperando en las sombras la presencia de Dios. Cuando los hombres vieron aquella austera belleza por primera vez, se exaltaron y temblaron y sus corazones se postraron. Muy a menudo el príncipe venía hasta allí a contemplar aquella vista, profundamente conmovido y sin embargo no satisfecho del todo. Sentía que *La perla del amor* requería algo más de él antes de que su tarea estuviera terminada. Siempre mandaba que se cambiara algo o que se





© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6





volviera a deshacer algún cambio reciente. Y un día dijo que el sarcófago estaría más claro y sencillo sin el pabellón y, después de observarlo atentamente durante mucho tiempo, hizo que lo desmantelaran y lo retiraran.

Al día siguiente se presentó, pero no dijo nada, y así al siguiente y al siguiente. Luego estuvo dos días completos sin venir. Después volvió trayendo con él a un arquitecto, a dos maestros artesanos y a una pequeña comitiva.

Todos contemplaron, silenciosos y apiñados en un pequeño grupo, la serena inmensidad que habían logrado. No había ni huella de esfuerzo en su perfección. Era como si el Dios de la belleza natural les hubiera arrebatado la paternidad de su obra, prohijándola él mismo.

Sólo había una cosa que impedía la armonía absoluta, y era cierta desproporción en el sarcófago. No había sido ampliado nunca, pero, realmente, ¿cómo lo iban a haber agrandado si estaba allí desde los primeros días? Saltaba a la vista. Rompía la simetría de las líneas. En aquel sarcófago estaba la urna de plomo y plata, y en la urna de plomo y plata estaba la reina, la inmortal y querida causa de toda aquella belleza. Pero ahora aquel sarcófago no parecía más que un oscuro y pequeño rectángulo que obstaculizaba de forma incongruente la gran vista de *La perla del amor*. Era como si alguien hubiera dejado caer una pequeña maleta sobre el océano de cristal del cielo.

El príncipe caviló durante mucho tiempo, pero nadie sabía lo que le pasaba por la cabeza.

Finalmente habló. Apuntó al sarcófago.

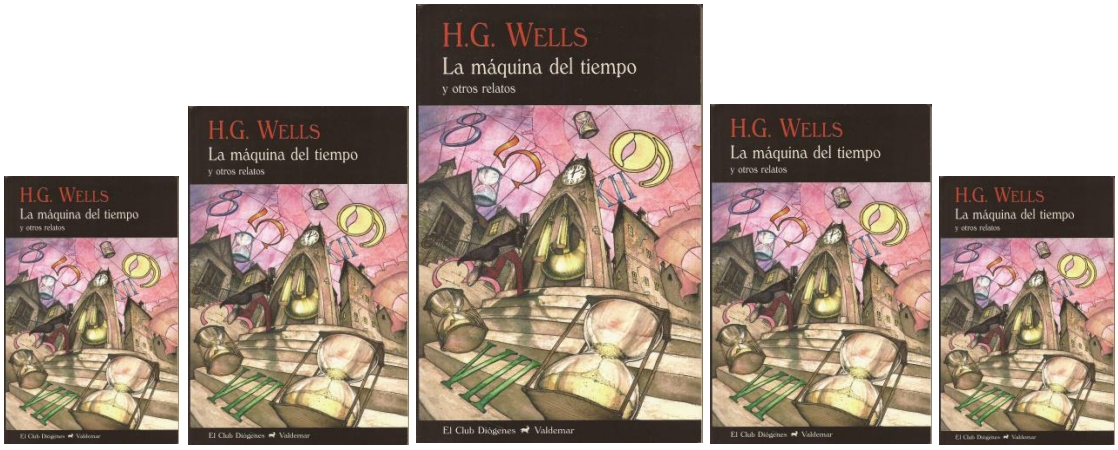
–Retiren eso de aquí –ordenó.



EL PAÍS DE LOS CIEGOS

A más de trescientas millas del Chimborazo, a cien de las nieves del Cotopaxi, en los yermos más desérticos de los Andes ecuatoriales, se encuentra ese misterioso valle de montaña, aislado del resto de la humanidad, el país de los ciegos. Hace muchos años ese valle estaba tan abierto al mundo que los hombres podían, a través de terroríficas gargantas y un helado desfiladero, llegar finalmente a sus uniformes prados. Y hasta allí hubo, de hecho, hombres que llegaron, una o dos familias de mestizos peruanos que huían de la codicia y la tiranía de un malvado gobernante español. Luego sobrevino la imponente erupción del Mindobamba que sumió a Quito en la oscuridad durante diecisiete días, y el agua hervía en Yaguachi y todos los peces flotaban muertos incluso hasta Guayaquil. Por todas partes a lo largo de las laderas del Pacífico hubo corrimientos y deshielos rápidos e inundaciones repentinas, y todo un costado de la vieja cumbre del Arauca se desprendió, desplomándose con gran estruendo y aislando para siempre al país de los ciegos de los exploradores pies del hombre. Pero uno de aquellos primeros pobladores se hallaba por casualidad a este lado de los barrancos cuando el mundo se estremeció de un modo tan terrible, y se vio forzosamente obligado a olvidar a su mujer





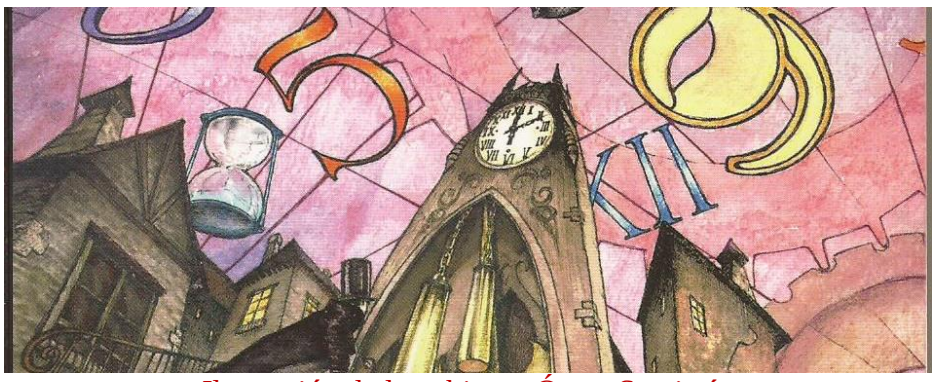



Ilustración de la cubierta, Óscar Sacristán



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6